

poetizada
resión aná-
ia casa de
estas To-
un espejo
e la clara
rtina den-
do, teñido
mo huella
del celaje,
elegancia
y su blan-
sueño: to-
mi propia
aña, en los
asto espí-

por la pin-
tar ni po-
Segovia ó
res de los
nte de la
caso, por-
tas ni ab-
n triunfo
nos lleva-
bien nos
con la fa-
er viajero
en pleno
Biblia y
español,
á tomar
derse en
languida-
o de pal-
frica que
y la sen-
aigar, de

ntro una
cia me-
o de gran
un libro.
a, al más
fay que
uer, que
descon-
caría la
ños tie-
plazo, el
una re-
rio, que
amigos,
co años
tor, que
o. Y he
ya teni-
ia—me
ios; con
odo. El
rosa en-
existía.
la ma-
entidas
las es-
vo y el
las ne-
os, qué
dear la
regirla,
n soli-
trazar
casos,
ue una
Qué de

velaba
espués
zarosa,
a obra
te, ter-
utor á
. Y mi
l mon-
cuerdo
e ma-
revol-
cuales
dura-
recer.

án.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Acabo de recibir un libro en medio folio, con magnífico papel y una tipografía sorprendente por lo bella. Se titula *Nemesio Mogrobojo. — Su vida y su obra*. Ello procede de Bilbao.

Confieso paladinamente que no tenía ni la menor idea de la existencia de Nemesio Mogrobojo, ni de su obra, por consiguiente. ¡Es el destino de tantos artistas, pasar en la penumbra, al menos para una parte de su generación! No conocemos ni á nuestros contemporáneos. El río del vivir se lleva arrastradas hojas y hojas, y cuando volvemos la cabeza, han cruzado ya. Como los combatientes en campal batalla, mientras unos avanzan en determinada dirección, acaso triunfadores, otros pelean obscuramente y sucumben, sin que lo adviertan los demás. Y con esto hay que avenirse, porque es irremediable.

Y todavía he de confesar otra cosa. Desconfío yo generalmente de los tributos póstumos que la admiración de amigos y paisanos tributa á los artistas y escritores. Suele entrar en tales homenajes más sentimentalismo cariñoso que crítica informada y cierta. Cada año, ó siquiera cada lustro, cada provincia descubre que había poseído un genio, que no lo había estimado, que era una ingrata, que el susodicho genio fué además un mártir, y por contera un santo, ó cuando menos un sujeto dotado de altísimas cualidades morales, y que no ya coronas de laurel, sino altares, es preciso tributar á su memoria. Por quince días la prensa regional repite y trompeta un nombre, y fomenta la convicción de que se ha cometido una enorme injusticia trascendental, y es preciso repararla á todo trance. Se arma el tinglado del homenaje; se demuestra, fehacientemente, que los admiradores, en su inmensa mayoría, no saben lo que el genio hizo, ni le han leído si es escritor, ni han contemplado sus obras si es artista; se obedece á la consigna tarasconense «fén de brut...» y luego recae todo en el natural silencio, entre el cual, algunas veces, la crítica, única hada que no ha sido convidada á la fiesta, desliza, á posteriori, su opinión fría, que parece doblemente severa por contraste con el ficticio entusiasmo ya disipado en el aire...

Andamos por lo tanto, los que no otorgamos á las admiraciones un asentimiento maquinal, prevenidos en contra de tales descubrimientos. Quizás perdemos así un grato optimismo que sazona las horas, pero el áspero amor á la verdad nos compensa, y quedamos pagados con el gusto de su posesión.

Abro pues la biografía de Nemesio Mogrobojo con cautela. Por las dos fechas que campean en la cubierta y la portada, comprendo que se trata de un artista que murió joven, aunque no tanto como aquel malogrado Joaquín Vaamonde, protagonista de mi novela *La Quimera*, que no llegó á cumplir veintisiete años. Nemesio Mogrobojo, el escultor, nació en 1875 y feneció en 1910: de treinta y cinco años fué su carrera; había ido más allá de la juventud, y estaba en plena edad viril.

Me fijo en el precioso retrato que encabeza el volumen. Al verle, no necesito consultar la biografía para saber que el escultor murió de tuberculosis. El sello del padecimiento, patente ó latente, está en las orejas despegadas, en las sienes hundidas, en los ojos despejados y claros, en la consunción de los tejidos, devorados por la desasimilación rápida de la

tisis. Pero si no supiese que se trata de un artista, que ha perdido fuerzas en la lucha con la Quimera, creyera más bien, por la fisonomía, que estoy mirando á un elegante mundano gastado por los excesos, y sin robustez para hacerles frente. Caras como la de Nemesio Mogrobojo, las veo todos los días en los salones, en las escaleras de los palacios, en gentes que enrollan cuidadosamente al cuello el *cache-nez* de blanca seda calcetada, por miedo á catarros y pulmonías. Esas facciones finas, ese aire distinguido, esa nariz bien modeladita, esa frente que la calvicie desnuda ya, son de diplomático, de palatino, de *snob*. Y me encuentro preparada á que me sorprenda más la obra vigorosa, empapada en el añejo vino del Renacimiento. ¡Vino de los vinos, néctar fuerte, que cría músculos y sangre roja!

Leo con interés la monografía biográfico-crítica de Juan de la Encina. En ella aprendo que Mogrobojo sucumbió cuando iba á entrar en posesión de sí mismo. En efecto, con ser su obra tan notable, no se poseía: estaba aún siguiendo huellas. Lo mismo le aconteció á Vaamonde. Y queda en pie el enigma de lo futuro: ¿habrían descubierto su camino?

Mogrobojo nació en Bilbao. Su vocación de artista fué tempranísima. A los diecinueve años realizó el ardiente anhelo de estudiar en París; le pensionó la Diputación provincial. Se matriculó en la Academia Julien, aquella misma en que había hecho su aprendizaje María Bashkirtseff, otra interesante víctima de la Quimera..., y de la tisis.

Aunque el biógrafo nos dice que al pronto Mogrobojo se dejó influir por la tendencia del modernismo, yo noto ya en sus primeras obras reminiscencias del estilo de Miguel Angel. Su «cabeza de estudio» me recuerda la impresión del Moisés de fluvial barba. Su mismo «Pierrot» tan caprichoso y serpenteante, es firme. No hay vaguedad en las líneas. Y digo lo mismo de la Madona y especialmente del Niño.

El biógrafo narra con encanto un suceso sentimental de la vida del artista, una historia de amor muy vehemente con una austriaca á quien conoció en la Academia Colarosi. Diferenciase en esto Mogrobojo de Vaamonde el pastelista. Vaamonde, aunque entretijese mil episodios sentimentales ó amenos, sobre todo con señoras del gran mundo, nunca estuvo verdaderamente prendado sino de la Quimera, del terrible monstruo de ojos glaucos y encendidas fauces... Lo que se dice pasión, sólo la sintió por su arte, por la fama, por la gloria. Para el artista, (repetía él la frase de Salomón) la mujer es amarga como la muerte. Había en su opinión respecto á las aventuras amorosas desvío, desdén, y aun miedo, porque «todo eso» absorbe tiempo, voluntad, energías que el arte reclama. Y, no cabe duda, era Vaamonde el que, en esto, tenía sobrada razón. Entre los veinte y los cuarenta, las historias profundamente pasionales son demasiado absorbentes. El arte es celoso y reclama sus derechos. Quimera por quimera, es más gloriosa la artística. La historia de Mogrobojo parece que fué de esas que caen hondas. Quizás la idealiza algo el biógrafo, no desfigurándola, sino eliminando de ella mucho que será real y no tan poético. Por lo que se trasluce, la austriaca no poseía un espíritu equilibrado, y comunicó su desequilibrio, su esplín, su verterismo y sus ansias de la muerte al amigo. Todo ello duró dos años; la austriaca murió, de repente, según reza la biografía, y dejó á Mogrobojo sumido en una tristeza tétrica, agobiado bajo el pensamiento de la Sirena Negra, con ansias de suicidio. No habiendo llegado á realizarlas, se dedicó á labrar para su amada un bello sepulcro; lo expuso en Viena, en 1899, y obtuvo el asentimiento de los críticos de arte. Fué aquel el momento que cambió sus orientaciones, por medio de la influencia que Italia ha ejercido siempre en las almas penetradas del culto de la belleza. Con la actividad artística vino el consuelo, la reacción hasta de alegría, que algunas veces sigue á las grandes penas. Aunque nunca dejó Mogrobojo de pensar en su perdido amor y de visitar la sepultura. Además, nos dice el biógrafo, consolidó entonces la opinión de que, en escultura, hay que aprender á trabajar en griegos y florentinos... Sí: griegos y florentinos; pero siempre habrá una objeción; el temperamento, la individualidad. Los escultores de cepa española, á mí, por ejemplo, me interesan tanto como Donatello. Donatello es superior en belleza; la expresión dramática es más intensa en Gregorio Hernández. Por una cabeza cortada, de Villabrille, doy el Gattamelata. Y, en cuanto á la materia, el mármol es clásico; la madera es romántica. Todo puede defenderse, todo puede remover el sentimiento. Apenas me atrevo á escribirlo: Miguel Angel es sublime..., y no por eso le adoro. Algún imaginero gótico me dice mas cosas, y particularmente, otras cosas. Cada cual con su alma, cada cual con su idealidad característica.

Mogrobojo hizo bien en inspirarse en Miguel Angel, toda vez que su espíritu iba por ahí. Yo soy ecléctica, tolerante, aunque tenga mis preferencias. Y, sin modificarlas, declaro que las obras del período en que el escultor bilbaíno se afirmó como miguelangelista y alumno de los florentinos, me parecen muy hermosas, serias y delicadas, y enderezadas hacia la perfección del estudio anatómico. No hay en ellas esa blandura pocha que tantos artistas confunden con la espiritualidad. No hay tampoco ordinariéz, ni ese abocetamiento que identifica la genialidad con la pereza. Lealmente trabajado, pensado con elevación. No puedo decir más en su elogio. En cuanto á la originalidad, vendría acaso, con los años maduros y la emancipación de los modelos, de majestad abrumadora.

El final de la vida terrestre del escultor bilbaíno me recuerda también la del héroe de *La Quimera*. Las mismas luchas por el dinero, despreciable y necesario para las grandes empresas artísticas; la misma peregrinación en busca de un sitio donde espirar tranquilo, rodeado de amistosos cuidados; las mismas ardientes aspiraciones hacia la realización definitiva de la personalidad; las mismas ilusiones, creyendo en la salud recobrada, apenas se inicia ligera reacción favorable en el organismo. No ha de negarse; los afanes, los anhelos, las pasiones, las privaciones, los titánicos esfuerzos, como los que realizó Mogrobojo para fundir algunas de sus obras, pudieron abreviar su existencia... Se muere de lo que se vive; el veneno dulce, un día tras otro se infiltra y destruye la máquina humana. Pero ¿no hay en los hospitales infinidad de tuberculosos que no soñaron, que no sufrieron la fascinación de las glaucas pupilas? Si de todos modos la muerte acecha ¿por qué no soñar el sueño hermoso, de inmortalidad y esperanza?

Y he aquí cómo un libro, recibido no sin prevención, me sugiere simpatías y me infunde la misma convicción que lo ha dictado. A vivir lo suficiente para dominar un arte que exige tan largo aprendizaje y ejercicio técnico, el autor del «busto de Guinea», de «Hero y Leandro», de «Orfeo destrozado por las bacantes» sería uno de los escultores españoles más famosos é ilustres. ¿Quién sabe si los años le hubiesen reintegrado en el españolismo artístico que le faltaba? Este fenómeno nada tendría de sorprendente. Uno de los caracteres de la originalidad es el regreso hacia las fuentes de la tradición. En literatura por lo menos, se citarían casos numerosos. Un momento tenía que llegar para Mogrobojo: aquél en que los modelos clásicos pesan como la armadura de acero al batallador. Y el hondo, grave, terrible sentimiento hispánico, tal vez se despertaría, porque sólo aparentemente duerme en las organizaciones poderosas.

La evolución de Mogrobojo fué natural: primero el señuelo, Francia, París, con sus afectaciones y sus híbridas mezclas de lo plástico y lo literario; luego, Italia, con sus modelos sagrados, indiscutibles, ante los cuales hay que inclinar la frente, conmuevan ó no... Es verosímil que, más tarde, al buscarse á sí propio, se encontrase en el seno de España, donde pudo libar el jugo de Berruguete y Alonso Cano...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.